

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 163 14/7/2023

LA CARRERA DE POSTAS DE LAS ÉLITES INTELECTUALES



LA CARRERA DE POSTAS DE LAS ÉLITES INTELECTUALES

PABLO QUINTANILLA*

Una mirada a la obra de Javier Prado y la generación de los filósofos peruanos
que escribieron hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX

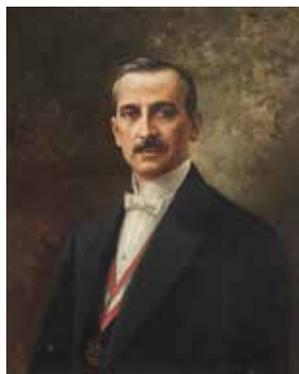
Cuando corren tiempos difíciles para las sociedades, las miradas de muchos suelen dirigirse a la responsabilidad de sus élites. El término *élite*, no obstante, puede ser engañoso, porque frecuentemente solo se asocia a las clases socioeconómicas altas, en un sentido descriptivo, o, peor aún, despectivo, por percibir en ellas un beneficio inapropiado de las colectividades a las que pertenecen, lo cual, en muchos casos, pueda ser cierto, aunque la densidad de los problemas socioeconómicos sea siempre mayor.

La palabra *élite* «minoría selecta o rectora» según el DRAE- procede de una expresión francesa que, originalmente, significaba el grupo de los elegidos para dirigir y, posteriormente, el conjunto de los mejores, en algún terreno específico. En ciencias sociales, el concepto se refiere a grupos minoritarios de individuos, con un rol de liderazgo en alguno de los ámbitos de la comunidad: político, económico, intelectual, artístico, deportivo, etc., sea porque *de facto* lideran, o -situación ideal no siempre alcanzada- porque son los que están mejor preparados para hacerlo.

Toda sociedad tiene élites, aunque difieran en la manera como las personas llegan a ser parte de ellas. En diversos casos, el acceso es arbitrario y poco meritocrático. En otros, depende de la capacidad y el esfuerzo individual. O es una combinación de factores, según el ámbito en cuestión. Así, por ejemplo, las élites económicas suelen estar conformadas sobre la base de criterios hereditarios, mientras que las intelectuales o culturales tienden a ser meritocráticas. Pero el asunto es más complejo, porque la pertenencia a la élite económica facilita, pero no determina, el acceso a las otras. En todo caso, las diversas élites tienen una responsabilidad social de la que no pueden desentenderse. Ese es el punto que ahora nos convoca.

En el Perú, aunque se ha avanzado mucho en las investigaciones de los diversos periodos de su larga historia, faltan aún más estudios que sistematicen el recorrido de sus diversas élites, en particular intelectuales, y que analice sus relaciones con los otros poderes, y el paso y la modificación de sus posturas o testigos, en esa carrera indetenible de la transformación social, desde los más remotos amautas prehispánicos, pasando por los clérigos ilustrados y los doctos autores virreinales, hasta las variadas y extensas generaciones de intelectuales y académicos republicanos.

Por cierto, y con la excepción de Manuel Menéndez Gorozabel, todos los presidentes del Perú en su primer medio siglo de República fueron militares, aunque siempre estuvieron secundados por destacadas figuras intelectuales de distintas tendencias. El cambio llegó recién en 1872, con Manuel Pardo y Lavalle, quien no solo fue el primer presidente civil sino también el representante de un proyecto político progresista para la época, encarnado, precisamente, en el Partido Civilista, fundado en 1871. El objetivo principal del civilismo era la creación de un Estado-nación moderno, planteando como promesas principales el fomento de la educación popular, el desarrollo de la enseñanza técnica, el



Javier Prado

manejo racional de la economía y la profesionalización de las fuerzas armadas.

Después de Pardo, el general Mariano Ignacio Prado Ochoa -quien ya había sido gobernante entre 1865 y 1868, con un gabinete llamado «de los talentos», donde figuraba el propio Manuel Pardo, con otras destacadas figuras como el jurista Toribio Pacheco- fue elegido presidente. Prado perteneció a la élite política de Huánuco, con algunas propiedades agrícolas; se casó con Magdalena Ugarteche, cuya familia estaba vinculada a la élite económica e intelectual de Arequipa, y tuvo entre sus descendientes a poderosos empresarios, que llegaron a tener una gravitación importante en el Perú del siglo XX.

Uno de los hijos de Mariano Ignacio Prado -cuya conducta como gobernante a inicios de la Guerra del Pacífico ha sido severamente cuestionada- fue Manuel Prado Ugarteche, dos veces presidente de Perú, primero (1939-1945) como parte de una coalición conservadora, que no tardó en granjearse las simpatías de la izquierda estalinista y otros sectores por su adhesión a los Aliados contra el Eje en la II Guerra Mundial, y después (1956-1962), al fundar su propio movimiento, que ofreció y permitió el retorno a la legalidad de los partidos políticos proscritos en el gobierno dictatorial del general Manuel A. Odría.

Otro hijo fue Javier Prado Ugarteche (Lima, 1871-1921), un importante intelectual y académico, además de ministro y parlamentario. Javier Prado perteneció a la generación fundacional de filósofos peruanos, que incluyó, entre otros, a Manuel González Prada (Lima, 1848-1918), Alejandro Deustua (Huancayo, 1849-Lima, 1945), Jorge Polar Vargas (Arequipa, 1856-1932), Mariano H. Cornejo (Arequipa, 1866-Paris, 1942) y Manuel Vicente Villarán (Lima, 1873-1918). Habiendo ellos sido formados en la escolástica, se interesaron inicialmente por el positivismo de Auguste Comte y Herbert Spencer, para luego girar hacia el vitalismo de Henri Bergson, que aquí recibió el nombre de espiritualismo. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, que es cuando esa generación florece en el Perú, tanto el positivismo como el vitalismo eran doctrinas que se discutían en el mundo académico europeo y que, en muchos casos, traían consigo posiciones políticas y sociales innovadoras. De hecho, a pesar de una dosis de reduccionismo que el positivismo acarrea, incorporó una visión de desarrollo social y científico, progresista para la época, que se alineaba con los ideales del civilismo.

Varios de los miembros de esa generación de filósofos peruanos pertenecieron a una élite social, política y económica, que les facilitó ser parte de una élite intelectual y cultural ilustrada. Esa generación aprovechó los privilegios que el azar y su entorno les concedieron, para realizar un trabajo intelectual que benefició al país. En primer lugar, mediante una elaboración intelectual actualizada respecto de los centros de producción filosófica de entonces. En segundo lugar, para reflexionar sobre el Perú de una manera crítica

y no proclive a los maniqueísmos y simplificaciones que la vida política suele acarrear. En tercer lugar, en líneas generales, los miembros de esa generación continuaron el proyecto civilista para asumir una responsabilidad intelectual y política que consideraban les correspondía como miembros de un grupo social del que la suerte los había hecho parte.

Así, por ejemplo, Javier Prado publicó varios libros en los que evidenciaba su conocimiento de las discusiones académicas internacionales, y las procesaba de una manera propia. Publicó los libros *El genio* (1888), *El método positivo en el Derecho Penal* (1890), *La evolución de la idea filosófica en la historia* (1891), *Estado social del Perú durante la dominación española* (1894), *El problema de la enseñanza* (1915), *El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia del Perú* (1918), además de muchos otros artículos sobre diversos temas.

Sus intereses incluían la relación entre la historia de la filosofía y la historia de las ideas, la naturaleza de la educación y, específicamente, la importancia de crear cultura en un país que necesitaba entenderse mejor a sí mismo. Prado fue decano y luego, entre 1915 y 1920, rector de la Universidad Mayor de San Marcos, como es sabido, la más antigua de América, donde aplicó algunas de sus ideas. En 1907 escribió, modificando asertos juveniles, que «la experiencia ha enseñado ya cómo en las nuevas condiciones de la actual civilización y con los elementos con que ella cuenta, ha desaparecido el antiguo concepto sobre la separación, misionismo e invariabilidad de las razas, y que todas ellas son susceptibles de modificar sus caracteres hereditarios por medio de la educación».¹ Y al asumir el rectorado, dijo que debía restablecerse la cátedra de quechua, «lengua de nuestro pueblo originario (...), que creó una prodigiosa civilización, y que en su espíritu concentrado y fuerte, encierra todavía los destinos de su país».²

Los miembros de la generación de filósofos a la que Prado perteneció fueron los primeros que realizaron lo que el argentino Francisco Romero denominó una «filosofía normalizada»³, esto es, no una repetición o implantación de la que se produce en otros países, sino un tipo de reflexión que fluya a partir de los propios procesos históricos de la sociedad que la genera. Aunque en el Perú hubo producción filosófica creativa desde los tiempos del Virreinato, por ejemplo, con Juan de Espinosa Medrano (1629-1688) e Isidoro de Celis (1753-1827), entre otros, recién fue hacia fines del siglo XIX que esta se institucionalizó con el objetivo de producir una autorreflexión social. Así, las ideas del positivismo y el intuicionismo de Bergson fueron filtradas y metabolizadas, dando lugar al inicio de una tradición filosófica inscrita en los debates internacionales.



Manuel González Prada, Alejandro Deustua y Jorge Polar

Prado abrazó e introdujo en el Perú el positivismo de Spencer que, a su vez, estaba marcado por la teoría de la evolución de Darwin, quien en 1859 había publicado *El origen de las especies*. Spencer añadió la idea de que no solo las entidades biológicas están sujetas a la selección natural, sino también los procesos culturales, como las ideas, el comportamiento moral y las instituciones. Esto condujo a lo que se denominó «darwinismo social», cuyos garrafales errores teóricos y seudocientíficas concepciones raciales condujeron a consecuencias políticas nefastas. Tal vez por eso, el



M. I. Prado y el «gabinete de los talentos»: J. Gálvez E., J. S. Tejada, J. M. Quimper, M. Pardo y T. Pacheco. Lima, 1865

darwinismo quedó por mucho tiempo en el terreno de la biología y nadie quiso volver a intentar aplicarlo a la cultura. Recién a partir de fines del siglo XX aparecieron nuevas teorías evolucionistas de la cultura, que se encuentran libres de los errores conceptuales del darwinismo social y cuyas consecuencias políticas refuerzan los ideales democráticos y liberales.

Prado abandonó el positivismo hacia comienzos del siglo XX, cuestionando su mecanicismo y materialismo para defender el vitalismo de Bergson, que daba especial importancia al genio creador y al libre albedrío. Lo que Prado no abandonó fue el evolucionismo darwiniano, que quiso integrar con su posición vitalista, por lo que se propuso superar la oposición entre espíritu y materia que encontraba en Bergson. Es fascinante notar que muchos de los temas que estos filósofos peruanos y sus colegas europeos debatían hace más de cien años, siguen siendo parte de la agenda filosófica actual, aunque ahora, naturalmente, con mayor pulcritud argumentativa y mucha más evidencia empírica. Hoy, por ejemplo, difícilmente se podría objetar que fenómenos como el comportamiento moral, el libre albedrío o la autoconciencia son productos de la interacción entre evolución biológica y cultura.

Javier Prado falleció prematuramente, mientras el país celebraba el centenario de su Independencia. Hace poco hemos recordado el bicentenario y nunca como entonces ha sido necesario que las distintas élites repiensen el país, tanto para incluirse a sí mismas en un proyecto nacional como para incluir a todo el país en su autorreflexión, en una deseable confrontación de ideas con razones y evidencias que puedan ser objeto de escrutinio público.

Precisamente, recordando el fallecimiento de Javier Prado, los historiadores Margarita Guerra Martiniere y José Ignacio Peña de Cárdenas editaron a fines de 2022 el libro *Javier Prado y la élite inclusiva. El problema de la educación en el Perú y el movimiento por el sufragio popular*, con el apoyo del Jurado Nacional de Elecciones, la Academia Nacional de la Historia y el Instituto Riva-Agüero de la PUCP. El volumen contiene ocho artículos de especialistas que escriben para el lector no especializado sobre distintos aspectos de la vida y obra de Prado. Su interés es múltiple, pero algo particularmente importante es que su lectura podría provocar una reflexión más objetiva sobre el rol que las élites cumplen y podrían cumplir en los países latinoamericanos, particularmente en tiempos de desconcierto.

1. Javier Prado, *Reforma de la Facultad de Letras*. Lima: s/e, 1907.
2. Javier Prado, *El Problema de la Enseñanza*. Lima: Imp. E. Moreno, 1919.
3. Francisco Romero, *Sobre la filosofía en América*, Buenos Aires: Raigal, 1952.

*Profesor principal de Filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú. PhD. por la Universidad de Virginia y M. A. por la Universidad de Londres, King's College.

En la portada: profesores de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en un almuerzo ofrecido a Luis Alberto Sánchez. Se ve, entre otros, a Julio C. Tello, Raúl Porras, Mariano Iberico y J. Gálvez. Lima, 1930.

JAIME DELGADO APARICIO, PIONERO DEL JAZZ PERUANO

Hace cuatro décadas, cuando tenía, precisamente, cuarenta años, el músico Jaime Delgado Aparicio Porta puso fin a sus días en Lima, ciudad en la que había nacido y donde realizó buena parte de su corta y fulgurante carrera. Delgado Aparicio fue pianista, compositor y director de orquesta. Virtuoso desde niño, había empezado sus estudios de solfeo y piano a los cinco años. Diez años más tarde, ganó el concurso *Inter piano* que se realizaba entre las escuelas del país, y partió a continuar estudios en Estados Unidos, donde se familiarizó con el jazz y escuchó a los grandes maestros del género. Obtuvo su primer título académico en el *Westlake College of Modern Music*, en Los Angeles, en 1961, y prosiguió su especialización en el prestigioso *Berklee College of Music* de Boston, en el que conoció y se hizo amigo de Keith Jarrett, más tarde célebre concertista de jazz.



Delgado Aparicio regresó a Lima en 1964. Empezó entonces una intensa actividad musical, constituyendo pequeños grupos y realizando frecuentes presentaciones en el Teatro Segura y la contigua Sala Alzedo, el auditorio del Instituto Cultural Peruano Norteamericano y en una serie de locales, a la cabeza de los cuales estaba el *Astoria Jazz Club* de la avenida Diagonal, en Miraflores, donde multiplicaba unas muy apreciadas *jam sessions* (sesiones de improvisación musical). Fue invitado a festivales en Montevideo y Buenos Aires, hizo giras por diversas ciudades del país y el continente y llegó más tarde a participar en el Festival Internacional de Jazz de Salerno, Italia.

Entre los grupos que animó Delgado Aparicio figuran *Los Astoria Twisters*, con el que inició sus apariciones en los por entonces novedosos platós televisivos. Era un promotor incansable de músicos jóvenes y se daba tiempo para hacer, además, arreglos de autores criollos. En 1964, apareció en el sello Sono Radio su primer disco, *Jaime Delgado Aparicio Jazz Trio*, y al año siguiente, en el sello El Virrey, editó *Jam sessions volume I*, con el mismo trio, integrado también por Juan Ángel Russo y Kalle Englund. Poco después, Delgado Aparicio dio a conocer la banda sonora de la película *El embajador y yo* (1968). En la década de 1970, fue director musical de Sono Radio y dirigió la Orquesta Sinfónica Nacional, con la que estrenó su suite sinfónica *Evocación*, con cinco movimientos en torno a la historia del Perú. Luego, fundó y dirigió la Orquesta Contemporánea, semillero de nuevos talentos, cuyas continuas y celebradas presentaciones abarcaban un amplio registro que iba de lo clásico al jazz y al pop. El artista estuvo casado con la cantante Roxana Valdivieso y compuso en sus últimos días una pieza musical *-Confetti-* dedicada a Chabuca Granda. Se le considera, con justa razón, uno de los más notables renovadores del jazz peruano, al que supo sumar fusiones hoy en boga y en el que brilló por su talento como compositor e intérprete.

<https://www.youtube.com/watch?v=di34H-l-qUU>

AGENDA



Telas del Cuzco

ARTE Y CIENCIA DEL COLOR EN EL MAC DE LIMA

La Fundación Telefónica y el Museo de Arte Contemporáneo de Lima presentan desde el pasado 13 de julio hasta marzo de 2024, una ambiciosa exposición que lleva por título *Color. El conocimiento de lo invisible*. Mostrada antes en Madrid y luego en México, Quito y otras ciudades, a partir de un mismo guión expositivo, que incorpora expresiones y artistas locales en cada caso, aborda el tema del color a partir de los estudios de Isaac Newton e incide en sus características como fenómeno físico, tecnológico, cultural y psicosocial, con una serie de soportes que muestra también su constante evolución. Piezas audiovisuales, postales, pinturas, libros, serigrafías, vinilos, afiches, fotos, grabados, avisos publicitarios, documentos e instalaciones van ilustrando el recorrido temático propuesto. Entre los artistas presentes figuran María Abaddon, Ana Teresa Barboza, Clara Best, Sebastián Castañeda, Enrique Castro-Mendivil, Rubela Dávila, Rafael Freyre, Daniel Giannoni, Morfi Jiménez, Francesco Mariotti, Esteban Mariño, Aldair Mejía, Cecilia Noriega, Roselena Ramistella, Jesús Ruiz Durand, Eduardo Tokeshi, Universal Everything, Elena Valera (Bawan Jisbe) y Patricia Villanueva. La muestra tiene como comisarios a María Santoyo y Miguel A. Delgado.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe